

NAUFRAGIO, MEMORIA Y NOSTALGIA EN LA ÚLTIMA ESCALA DEL TRAMP STEAMER

Alexander Salinas Castaño
Universidad Santiago de Cali, Colombia

*Es así como trabaja
el olvido: nuestros
asuntos, de tan
nuestros, pasan a ser
extraños por obra
del poder mimético,
engañoso y constante
del precario presente.*

Álvaro Mutis.

Dijo alguna vez Gabriel García Márquez sobre Mutis: “la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma, son las de un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido. Es decir: Maqroll no es sólo él, como con tanta facilidad se dice. Maqroll somos todos”¹. Estas palabras señalan tres cosas de particular interés. La primera, que Maqroll el Gaviero, es quizás el personaje, tema, o asunto central en la obra del escritor bogotano, sobre el que más se habla y el que mejor representa aquello que algunos llaman universo literario del autor. La segunda, quizás más atrevida e interesante que la

¹ García Márquez, G. Publicado el 16 de diciembre de 2001 en el diario *El País*. Texto tomado de <https://www.elpais.com.co/entretenimiento/cultura/mi-amigo-mutis-homenaje-de-garcia-marquez-al-poeta-alvaro-mutis.html>, el 28 de junio de 2018.

primera, es que dicho personaje encierra tanta universalidad, tanta complejidad atractiva y atrayente, que no sólo representa al autor a manera de doble, sino que permite tal representación de actitudes humanas en general, de anhelos y circunstancias que el lector puede sentir como suyas, como propias. Pero la última, que en palabras de García Márquez es la primera cosa dicha, señala quizás la razón por la que el tono de sus historias, al menos las de su novelística, se sumerge ineluctablemente en los mares de la nostalgia y de la soledad.

Así es la historia referida en *La última escala del Tramp Steamer*² y así nos la vislumbra el mismo narrador a manera de juicio sobre su propio oficio como escritor: “Me contaron que usted es escritor –se dirigió a mí con una curiosidad a flor de piel– ¿Qué escribe? ¿Novelas o poesía? A mí me gusta mucho leer pero sólo cosas románticas ¿Lo que usted escribe es muy romántico?” No supe muy bien qué contestarle. La tensión era grande. Opté por la verdad. Hubiera sido idiota pensar que el diálogo podía tener el más improbable futuro. “No –le respondí–, tanto los poemas como los relatos acaban saliéndome más bien tristes”³.

Cabe señalar aquí que, contrario a lo planteado arriba sobre la popularidad de Maqroll, esta es una historia que no le da carga protagónica, más allá de una breve aparición para proponerle un negocio al capitán vasco Jon Iturri que sí vivirá las desventuras, y de algunas referencias de Abdul Bashur y de Warda a dicho personaje. Sin embargo, los protagonistas del viaje, en toda la extensión del significado, conservan esa característica señalada anteriormente y que les otorga cierta universalidad a su condición y a su periplo por el mundo.

La situación que da apertura a la historia, una coincidencia, azarosa, improbable, es definida por José Cardona López de la siguiente manera: “Un hombre, viajero inveterado por razones de su vida profesional, en diferentes lugares del mundo

² Mutis, Álvaro. *La última escala del Tramp Steamer*. Bogotá, Colombia. Biblioteca El Tiempo, 2003.

³ *Ibid.*, p. 29.

se encuentra con un *tramp steamer* de bandera hondureña”⁴. La historia contada tiene dos grandes bloques distribuidos en ocho apartados sin numerar. El primer bloque nos cuenta precisamente los cruces de este personaje narrador con el barco carguero, destartalado y en ruinas, en cuatro latitudes muy diversas: Helsinki, Punta Arenas, Kingston y San José de Amacuro, en el delta del Orinoco. El segundo bloque se encarga de mostrarnos como este narrador conoce, también bajo una circunstancia azarosa e imposible a Jon Iturri, marinero vasco que resulta ser el capitán de aquel *Tramp Steamer* ruinoso y quien al enterarse de que su interlocutor conocía de vistas al barco, decide contarle su historia de amor con Warda, hermana de Abdul Bashur, y propietaria del buque que en ese momento hermanaba a capitán y narrador por simpatía con su condición de viejo saurio a punto de extinguir.

Este narrador, del que no conocemos su nombre, pero que muchos asumen como un alter ego de Mutis, ya anunciaba que dicha historia, la referida por Iturri a sus oídos en medio de una maniobra fluvial y al sabor de jarras refrescantes de Vodka con jugo de pera, era la misma historia de amor que míticamente se cuenta desde los tiempos primeros:

Ojalá, con mi ninguna destreza, no se pierda aquí el encanto, la dolorosa y peregrina fascinación de estos amores que, por transitorios e imposibles, algo tienen de las nunca agotadas leyendas que nos han hechizado durante tantos siglos, desde Príamo y Tisbe hasta Marcel y Albertine, pasando por Tristán e Isolda⁵.

Es pues una historia de amor, una historia trágica, cuyo final es la muerte o la desgracia. Lo anuncian las referencias que, a manera de analogía o de imagen poética construye el narrador escritor de la obra. A través de su relato, asistimos pues a la

⁴ Cardona, José. “La última escala del *Tramp Steamer*: el doble, y de nuevo la errancia y el deterioro en una *nouvelle* de Álvaro Mutis”, en: *Estudios de Literatura Colombiana* No. 11, julio-diciembre, 2002, pp. 30-38.

⁵ Mutis, Álvaro. *La última escala del Tramp Steamer*, op. cit., p. 12.

historia que cuenta la vida y naufragio de un pequeño Tramp Steamer llamado *Alción* y al mismo tiempo, o quizás debido a ello, presenciamos también el recuerdo noctámbulo del amor fugaz entre Jon Iturri y Warda y la marea que se lo llevó todo para dejarlo sin ganas ni futuro, con pulso pero sin vida alguna. Es pues la historia de un naufragio, vista desde los ojos de un hombre que no tiene patria, pues no tiene puerto y contada a otro que comparte con el primero esa extraña condición de ser exiliado del mundo, de sentirse ajeno al actuar de los demás.

Esa hermandad, esa común condición de errantes, viejos y trajinados es lo que une desde el comienzo al narrador, a Iturri y al propio Tramp Steamer. Ya Aleyda Gutiérrez Mavesoy lo señala cuando afirma que este pequeño barco actúa como elemento aglutinante y como puente entre los personajes de la novela: “Un barco acabado, navegando de puerto en puerto, sin saber con certeza si llegará al destino previsto”⁶. Tal condición pone de manifiesto ciertas características que simbólicamente encarna el *Alción*. En primer lugar, ha recorrido el mundo en viajes incontables, pues su historia se queda en el óxido que lleva a cuestas y del que no se enteran quienes cargan y descargan sobre sus espaldas. En segundo lugar, ha llegado a un punto en su vida útil que resulta incierto para su continuidad, como si lo vivido pesara más que lo por venir. Pues estas dos condiciones son tal vez las que llevan dentro de sí el narrador y el marinero. Digo el narrador pues éste lleva una vida itinerante que pareciera seguir los pasos del barco, no porque lo aceche sino porque al igual que el pequeño carguero, no sabe nunca dónde estará mañana. Así las cosas, al verlo por primera vez siente un gran impacto dado el contraste entre su lento andar (el del barco) y la inmensidad del paisaje, impacto que evolucionará con cada encuentro hasta convertirse en una admiración fraterna, fuerte y leal.

⁶ Gutiérrez, Aleyda. “Tres destinos, tres salidas a la modernidad en *La última escala del Tramp Steamer* de Álvaro Mutis”, en: *Hojas Universitarias* #61. Universidad Central. Bogotá, 2009, p. 174.

Esas palabras me dolieron en lo más hondo de mis sentimientos de anónimo partidario del carguero que conocí entrando al puerto de Helsinki, con la serena e imponente dignidad de los grandes vencidos. ¿Qué sabría este oficial barbilindo, enfundado en su impecable uniforme recién almidonado, de las vanas y secretas proezas del venerable Tramp Steamer, de mi querido *Alción*, patriarca de todos los mares, vencedor de tifones y tormentas, cuyas amarras habían sido solicitadas en todos los idiomas de la tierra en perdidos puertos de aventura?⁷

Así de íntimo era el barco para el narrador que nunca jamás puso pie en él. Pero tal vez esta misma condición, la de viajante incansable, maltrecho pero no rendido, fue la que le permitió también acercarse a su capitán, a Jon Iturri, aún sin saber que los hermanaba la historia del barco:

A veces un detalle así nos instala en plena cordialidad sin que sepamos muy bien las causas. No es extraño. El compartir, así sea fugazmente, un paisaje o un lugar de nuestra infancia, nos hace sentir en familia. Y esto es, claro, más acentuado en quienes andan por el mundo sin asidero ni residencia establecida. Era nuestro caso: él, por su condición de marino, yo, por haber cambiado tantas veces de país, siempre por circunstancias ajenas a mi propia voluntad⁸.

Es el espejo de la propia existencia. El narrador escritor ve en el Tramp Steamer, primero, y en Jon Iturri, después, a dos semejantes dignos de su cariño y su comprensión. Por eso es tan cómodo para él ver pasar a lo lejos el pequeño carguero en medio del frío impensable de Helsinki, o escuchar el relato del vasco a lo largo de noches enteras. Él, que no soportaba mucho tiempo con otros compañeros de viaje o trabajo, que prefería huir de

⁷ Mutis, Álvaro. *La última escala del Tramp Steamer*, op. cit., pp. 53-54.

⁸ *Ibíd.*, p. 63.

experiencias colectivas y conversaciones anodinas, queda absorto y encantado en presencia de estos dos compañeros de viaje, de lucha y de naufragio.

También coinciden en cierta manera de tomar los acontecimientos que les propone su constante errar por el mundo. En la primera conversación que entablan Jon y el narrador, se delata la opinión común que poseen en cuanto al triunfo del azar sobre el arbitrio en la conducción de los hechos y de las vidas de los hombres: “Un ligero escalofrío me recorrió la espalda. Hay coincidencias que, al violar toda previsión posible, pueden llegar a ser intolerables porque proponen un mundo donde rigen leyes que ni conocemos ni pertenecen a nuestro orden habitual”⁹. Y más adelante continúa:

Iturri permaneció largo rato en silencio. Tampoco yo tenía deseos de hacer ningún comentario. Cada uno, por su lado, tenía que reordenar los elementos de nuestra reciente relación y el vertiginoso tráfico de fantasmas despertados por obra de un azar casi inconcebible. Cuando supuse que, por esa noche, el diálogo no proseguiría, le escuché decir en voz baja: “Anzoátegui, el guardacostas se llamaba Anzoátegui. ¡Dios mío!, qué caminos escoge la vida. Y uno que piensa tenerlos a su arbitrio”¹⁰.

José Cardona señala que esta reacción obedece no sólo al descubrimiento de su historia común con el Tramp Steamer, sino a que también coinciden en gustos, lugares y experiencias estéticas que determinan su “parentesco” desde mucho tiempo atrás¹¹. Así mismo, Aleyda Gutiérrez interpreta a Jon Iturri como un hombre que:

...encarna la triste derrota del hombre y sus acciones que lo aproximan a una vivencia romántica, pero que sólo le

⁹ *Ibid.*, p. 73.

¹⁰ *Ibid.*, p. 74.

¹¹ *Ibid.*, p. 34.

sirve para escapar del tiempo y del espacio por un periodo corto de su vida; escapar del mundo estoico para permitirse una mirada romántica de la vida, una vida nueva llena de sentido. Para finalmente desembocar en un escepticismo que encuentra su redención mínima pero cierta, la verdad que descansa en el recuerdo de su amada, y la certeza de haber vivido un momento de dicha efímera (...) ¹².

Es ese escepticismo el que actúa como agente de confianza para solidificar la relación apenas naciente entre el escritor innombrado y el marinero vasco. Pero es también una especie de actitud estoica que el mismo narrador, e incluso el capitán Iturri, le atribuyen al *Alción*, en un ejercicio de personificación declarado desde el comienzo de sus relaciones con el barco, para explicar su “terquedad” ante los embates de las mareas y los vientos que enfrenta en su trasegar, como si el barco mismo no oyera o hiciera caso omiso a los comentarios descalificadores de quienes lo ven cruzar por los puertos con su andar cansado, ruidoso y tardío. Estoicismo que se le atribuye para considerarlo también uno de los suyos, un exiliado más del mundo y de sus reglas. Por eso es que Iturri afirma al respecto: “Así que el pobre Tramp Steamer, que durante varios años ni siquiera nombre completo llevaba en la popa, acabó siendo para usted casi tan cercano y obsesivo como lo fue para mí” ¹³.

No uno sino tres. Tres saurios heridos que vagan sin rumbo fijo esperando caer con un estertor ruidoso sobre su andar trashumante. Ese es el lazo que une al narrador, al capitán y al barco, esa es la imagen que se multiplica, que se desdobra en uno y en otro hasta hacerlos ver unidos y unificados, un solo ser que es los tres, que es todos los hombres, como diría

¹² *Ibid.*, pp. 171-172.

¹³ *Ibid.*, p. 74.

Borges¹⁴. Porque el destino de uno pasa a ser de los tres, porque los tres son lo mismo en el puerto y en medio del mar. Por eso, el naufragio también será un final compartido.

La caída y el fracaso forman parte de la obra de Mutis y por ello sus personajes la viven como parte de su existencia. Precisamente Maqroll, su personaje central, es ya muy amigo de dicha condición, no menos conocida para Abdul Bashur. Al respecto, José Manuel Camacho Delgado, afirma: “Maqroll, tanto en la poesía como en la narrativa, aparece como un trashumante agotado, viajero errante que encarna la voz del ser derrotado, condenado al fatalismo, incansable soñador que emprende todo tipo de travesías descabelladas por geografías inciertas”¹⁵.

Y más adelante continúa:

Maqroll vive condenado a ciertas caídas que se repiten de forma cíclica y sistemática. Y no por ello el personaje ofrece resistencia, ni trata de esquivar el fracaso más que previsible con que traza su horizonte existencial. La certeza de que todo acabará en una quimera es absoluta y, sin embargo, Maqroll cumple con su destino como si fuese un rito iniciático (...)¹⁶.

Esta misma actitud es la que asume Iturri ante el naufragio inevitable, no sólo del *Alción*, sino de su vida entera. Ante esa expresión a manera de epitafio inconsciente, pronunciada por Abdul, que sentenció “lo de ustedes durará lo que dure el *Alción*”¹⁷, el capitán continuó como si no hubiera riesgo, como si más adelante no hubiera un delta caótico, furioso y lleno de

¹⁴ En el cuento *La Forma de la espada*, el narrador dice: “Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres. Por eso no es injusto que una desobediencia en un jardín contamine al género humano; por eso no es injusto que la crucifixión de un solo judío baste para salvarlo. Acaso Schopenhauer tenga razón: yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres, Shakespeare es de algún modo el miserable John Vincent Moon”. Borges, Jorge Luis. *Ficciones*. Bogotá: De Bolsillo, 2011, p. 143

¹⁵ Camacho, José Manuel. “El discurso del fracaso en *La Nieve del Almirante* de Álvaro Mutis”, en: *Arrabal* No. 5-6 de 2007, pp. 229-242.

¹⁶ *Ibid.*, p. 234.

¹⁷ Mutis, Álvaro. *La última escala del Tramp Steamer*, op. cit., p. 145.

escollos. Tal como el Gaviero, asume su caída como un desfile honorable:

Al subir a esta lancha mencioné el aserradero de marras y nadie ha sabido darme idea cabal de su ubicación. Ni siquiera de su existencia. Siempre me ha sucedido lo mismo: las empresas en las que me lanzo tienen el estigma de lo indeterminado, la maldición de una artera mudanza. Y aquí voy, río arriba, como un necio, sabiendo de antemano en lo que irá a parar todo¹⁸.

Jon Iturri es igual, lo pierde todo en ese viajar del *Alción*, lo apuesta todo por una felicidad pasajera, por un tiempo a espaldas del mundo con la dueña del barco, con Warda Bashur, motivo real de su anclaje al navío. Un final de desolación que el narrador también intuye común para todos, pero que el marinero vasco define y precisa como un recordar de aquello que más se preció y se perdió irremediamente.

Había tal desolación, tan despojada lejanía en sus palabras, que quise acudir –ingenuo de mí– en su ayuda con un comentario inocuo: “Yo creo que así terminamos casi todos los que escogemos la vida andariega y sin rumbo”. Volvió a mirarme como se mira a un niño que ha hecho en la mesa una observación disculpable solo por su edad. “No –me rectificó– no es eso. Yo le hablo de cierta categoría de naufragio en que todo se va al fondo irremediamente. Nada queda. Pero la memoria sigue hilando, incansable, para recordarnos el reino perdido”¹⁹.

Esa es la condición de la particular tristeza del relato del vasco, la memoria infatigable de los días felices, de los únicos vividos en todo su viaje por este mundo. No es estar solo lo que le arranca su alma, es el saberse feliz en otro tiempo sin posibilidad de

¹⁸ Mutis, Álvaro. *La Nieve del Almirante*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1993. Tomado de <http://m.litread.info/read/151013/102098-103203?page=5> el 28 de junio de 2018.

¹⁹ Mutis, Álvaro. *La Última Escala del Tramp Steamer*, op. cit., p. 75.

volver a él. Esa imposibilidad es la que le otorga el estoicismo que percibe su compañero de viaje. El Tramp Steamer naufragó en el Delta del Orinoco y con él se hundió la vida misma del capitán, pero antes ya se venía hundiendo, como el carguero, de a poco. Cada encuentro con Warda era uno menos con la felicidad. Igual que su navío, el problema con su vida no era si se iba a hundir, sino cuándo se iba a producir el naufragio, que era lo único seguro.

Aquí aparece entonces, la nostalgia, amarrada a la rememoración del pasado, como elemento común a otros personajes del autor, como el Gaviero. Sobre este último personaje, escribe Carlos Julio Ayram: “Pero no sólo la actitud de extrañar y sufrir por ese otro que fue su complemento es lo que delata que Maqroll es un ser nostálgico. También lo es su actitud hacia Jamil, actitud que lee en clave del recuerdo y el extrañamiento”²⁰.

Jon Iturri no añora el pasado, sabe perfectamente que el tiempo vivido es irrepetible. Pero al igual que Maqroll, extraña la inusual sensación de completitud, efímera y volátil, experimentada con Warda. Después de escapar del mundo para estar con su amada, volver a la tierra no tiene sentido. Es por esto que la memoria se vuelve contra el marinero vasco y le martilla incansablemente su condición de desterrado de la felicidad.

Esta relación memoria-nostalgia, se puede explicar desde la psicología, como lo señala Cecilio Paniagua:

Para comprender la psicología de la nostalgia hay que tener siempre en cuenta que la ecuación “recuerdo = reproducción de la realidad objetiva” es una falacia. Rafael Alberti, en una balada, escribió, “Nostalgia que todo lo aleja y lo cambia [...] / Te tengo. Me tienes. Y no eres la misma. / Ni es el mismo sueño de amor quien te llena”.

²⁰ Ayram, Carlos Julio. (2015). “Poética de una infancia: Juego, nostalgia y soledad habitada en ‘Jamil’ de Álvaro Mutis”, en: *La Palabra* No. 27. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2015.

En lo referente a las imágenes de nosotros mismos o de los seres queridos la memoria tiende a mentirnos en el sentido de la benevolencia, cuando no de la idealización. Esto no es de extrañar, porque todos necesitamos conservar o crear cimientos positivos en que basar las representaciones buenas de nosotros mismos y de los seres a quienes amamos. Ello nos proporcionará sensaciones de autoestima y confianza, contribuyendo decisivamente a que no vivamos neuróticamente inhibidos ni atemorizados entre nuestros semejantes.

Buscamos con ahínco en el presente lo hermoso de nuestro pasado, lo que sentimos que dio significado positivo a nuestra existencia. Pero con frecuencia sucede que el presente es poco halagüeño y choca demasiado con las imágenes idealizadas de otras personas del pasado. Esto acentúa la tendencia a evocar como modélico lo pretérito²¹.

Dicho elemento nostálgico es lo particular del relato, de la narración de *La última escala del Tramp Steamer*, pues constituye un doble acto de rememoración. Un primer recuerdo referido de labios de Jon Iturri a su compañero de viaje. Narración única que no volverá a repetir a nadie y que sólo merece su escucha por compartir, precisamente, la misma nostalgia hacia el navío símbolo de su propia historia con Warda. Y un segundo recuerdo que es el del propio narrador esforzándose por no alterar la historia del vasco, pero que ineludiblemente altera dado su oficio de escritor y por ende, bajo su poder como organizador de la historia misma.

Por eso, la historia de amor se presenta sucedáneamente al símbolo que la encarna, porque en la memoria de quien nos la cuenta, primero estuvo el barco, primero fue el vínculo con el Tramp Steamer antes que con el capitán Jon Iturri y por eso, para el escritor, la historia de Jon y Warda es hija del Tramp

²¹ Paniagua, Cecilio. "Psicología de la nostalgia", en: *Dendra Médica: Revista de Humanidades*. 9 (1), 2010, pp. 39-48

Steamer, encarna una aventura más que tuvo que llevar a puerto el carguero, en sus ya innumerables viajes por el océano. De ahí que desde el principio de su relato nos advierta sobre la forma en que se estructura: “He optado, pues, por contar lo sucedido según mi personal experiencia y dentro de la cronología que en ella me tocó en suerte”²².

Y de ahí que al final del mismo, manifieste a sus lectores que lo narrado no es más que el desenlace de la historia del Tramp Steamer, por encima de la historia de amor y muerte (muerte en vida para el capitán) del vasco y la libanesa: “La carga de emoción de su despedida, que me transmitió al instante, no me permitió decirle lo que había sido para mí el conocer la otra parte de la historia del *Alción* y de su capitán”²³.

Es pues, esta novela, el relato de un recuerdo que empezó con un barco surcando una bahía, en medio del frío y el silencio del mundo, que fue testigo, protagonista y juez de un amor tardío, desterrado del mundo, posible sólo sobre sus maderas, acogido entre sus estertores de viejo corsario y pintado con el color del óxido de sus escotillas y el desconocido tono de sus cargamentos, igual de secretos y rebuscados. Es el naufragio de la felicidad en la desembocadura insalvable de cualquier ser humano, en el delta de las circunstancias que tejieron el destino de sus protagonistas, que tejen el destino de todo hombre.

²² Mutis, Álvaro. *La Última Escala del Tramp Steamer*, op. cit., pp. 11-12.

²³ *Ibíd.*, p. 169.